

XI.

Y mientras que esto pensaba Ester, Vandelle siempre estendido en el sofá, con el cigarro en los labios, no cesaba de mirarla. Pensaba que puesto que Ester, que de ordinario le evitaba, permanecía allí, á su lado, á aquella hora, era porque comenzaba á humanizarse, y porque, quizás aquella misma noche tendria al fin piedad de él y de sí misma.

—Ah! ¡No quiero permanecer mas aquí, exclamó repentinamente Ester, levantándose; me iré mañana.

Enrique seguramente no esperaba frase semejante. Así es que hizo un brusco movimiento, y se irguió, como si hubiera recibido una violenta sacudida.

—¡Partir! exclamó: ¿qué está V. diciendo?

Ester con voz firme y decidida, añadió:

—¡Olvideme V! Aun es tiempo!

—¡Olvidarte! dijo él sin comprender aun; intentando recobrar su inteligencia trastornada por la embriaguez.

—Sí, olvídame. Vine aquí para vengarme de tí, pero te seguia amando... creo que te amaba, por que á no ser así, hubiera renunciado desde hace mucho tiempo á mi venganza, y espulsado de mi memoria tu recuerdo. Todo cuanto he dicho, todo cuanto he hecho, mi ironía, mis resistencias, mi frialdad, era pura farsa. Te deseaba daño, mucho daño, te hubiera asesinado con placer, pero sufría yo tambien al hacerte sufrir; cuando me inmovilizaba en tus brazos, cuando me convertia en mármol, en estatua, sufría tanto como tú, tal vez mas que tú! Pero, me avergüenzo de mí propia! ¡No quiero verte mas. Deseo marcharme... ¡partir para siempre!... ¡adios!

Dirigíase ya hácia la puerta, cuando Enrique se arrojó sobre

ella, y apoderándose de sus brazos, y deteniéndola en el sitio en que se hallaba:

—¡Partir! exclamó. ¡Partir, cuando acabas de confesarme que me amabas! ¡estás loca!

—No lo sé; es posible!

—Partir, continuó diciendo él, ya fuera de sí; no te lo permitiré; ahora soy fuerte contra tí! He podido creer un momento, al verte tan fria y tan cruel, que no sentias mas que odio hácia mí... Ahora sé que me amas, que luchas como yo, y pretendes...

Ester le interrumpió. Mientras que él hablaba, habíase dado cuenta de la falta que venia de cometer; la confesion que acababa de escapársele en un momento de franqueza, porque se hallaba harta de la comedia por tanto tiempo representada, fortificaba, en efecto, á Vandelle, dándole armas contra ella.

Así es que de exaltada que se hallaba, quedosé de repente tranquila, fria, glacial.

—He dicho á V. que deseaba partir, dijo con segura voz.

—Y yo te he contestado que no te lo permitiré!

—¿A qué se atreverá V?

—¡A todo!

Y la estrechaba, al decir esto, contra su pecho.

—Déjeme V., dijo ella, resistiéndose.

—¿Dejarte? ¡Cuando hace tanto tiempo que te espero! Dejarte marchar, para quedarme mas miserable y mas desesperado que nunca!

—¡Ah! ¡me dá V. miedo!

—No, puesto que me amas!

—No, no! Creí al volver aquí que amaba á V., pero no le amo, no le amaba... ¿Era acaso amor lo que sentia?

Oyéronse pasos en la sala contigua; los criados antes de retirarse á sus habitaciones, acudian á cerrar las persianas del saloncito.

Vandelle se vió obligado á alejarse de Ester.

Y esta aprovechó su libertad, para correr hácia la puerta, abrirla, y desaparecer.

XII.

Ester, al abandonar á Vandelle, atravesó rápidamente el vestibulo y subió la escalera, para dirigirse á su habitacion situada en el segundo piso. Pero cuando cruzaba el corredor del primero, una puerta entreabierta hacia un rato se abrió dulcemente y apareció Enriqueta.

Comprendiendo Ester que deseaba hablar con ella, se acercó, no sin haberse asegurado antes de que nadie podría verla.

—¿Qué ocurre? dijo Enriqueta en voz baja: ¿le ha visto V? ¿le ha hablado?

—Si, señora.

—¿Qué ha dicho?

—Que estaba desesperado, pero que obedecería á V.

—Ah! ¿Y cuando se marcha?

—Mañana, á primera hora.

—¿Sin verme? exclamó dolorosamente.

—Me pareció que V. deseaba no volver á verle, y le he pedido en nombre de V. este último sacrificio.

—Y lo hace! Ah! Para recompensarle, yo soy la que deberia tener el valor de decirle adios.

Estas últimas palabras estremecieron á Ester: ir á despedirse de Federico, á aquella hora de la noche, al extremo del parque, al pabellon que él solo ocupaba... y mientras que Vandelle, que se hallaba abajo, podia verla pasar... ¡Qué imprudencia!

Mas no tardó en tranquilizarse. Enriqueta no era capaz de locura semejante. Habria querido decir sin duda alguna que

podria y deberia encontrarse al dia siguiente al paso de Federico, en el momento de su partida.

Por lo demás, Enriqueta, despues de haberle dado gracias con efusion, y en un arranque cariñoso haberla dado un tierno abrazo, entró en su cuarto.

Ester, tranquilizada, y aun aturdida por aquella nueva muestra de afecto, abandonó el corredor y subió rápidamente á su cuarto.

XIII.

Durante todo esto, Vandelle solo en el saloncito, volvia á entregarse á sus reflexiones. Habia abierto la puerta que comunicaba con el comedor, se paseaba de arriba á abajo, y no interrumpia sus pasos mas que para hacer algunas estaciones delante de una licorera que habia quedado sobre la mesa.

¡Ester le habia anunciado su próxima partida! ¿Y por qué se marchaba, puesto que acababa de descubrir su secreto, puesto que le habia confesado al fin, que solo su amor la habia hecho volver á su lado? Verdad es que decia que ya no le amaba, pero gracias á su fatuidad, Vandelle creia saber á qué atenerse en este punto; esto era, segun él, la tentativa desesperada de una mujer que desea recobrar su secreto, despues de haberlo descubierto.

¡Ester le amaba! ¡Le habia siempre amado! ¡No podia dudar de ello ¡y sin embargo, se marchaba! ¿Por qué?

Porque habia creado un sueño insensato; Enriqueta en relaciones constantes con Federico Deschamps, iba inevitablemente á enamorarse del amigo de su infancia, y sin tardanza alguna, como si se tratase de la cosa mas sencilla del mundo, iba á faltar á todos sus deberes, á convertirse en criminal.

Entonces, Vandelle á quien nada se escapaba, que no era

uno de esos maridos ciegos, á quienes puede engañarse impunemente, tendria al punto conocimiento de estos hechos, y se separaria para siempre de su mujer.

Segun él, este era necesariamente el objeto apetecido por Ester, no como ella decia, movida por un sentimiento de venganza, sino por amor, por celos; para reconquistar la plaza que le habian quitado, para deshacerse de una rival.

«En efecto, Ester Sandraz, pensaba su antiguo amante, debe sufrir cruelmente al ver al lado mio á una mujer jóven y de las mas bonitas. En vano dice que ya no me ama, que nunca me ha amado, que nuestras relaciones eran frias, y que ni aun tenian razon de existir. Ester puede dudar de ello, y esta duda la atormenta. Posee conocimiento de la vida; no ignora que los hombres por enamorados que se hallen de una querida, no se consideran obligados á imponer á su mujer legítima un completo celibato. A veces, hasta se ven obligados á usar de tanta mayor amabilidad cuanto es mayor su culpa; de esta manera alejan las sospechas, y persuaden á la que engañan de que ella es la única á quien aman.

«Pero si la mujer legítima, desdeñosa hácia la deferencia de su marido, sospechando su traicion, á pesar de las precauciones tomadas, busca un alivio á sus penas, procurándose unas relaciones ilícitas, y comete una falta, el marido adquiere de hecho su libertad y espulsa á la infiel, ó al menos, rompe toda clase de relacion con ella.

«Indudablemente Ester cuenta con una ruptura de este género, seguia diciéndose Vandelle. Y por cierto que se muestra modesta en extremo en esta circunstancia, porque, ciertamente podia exigir mucho mas. Yo no seré hombre, el dia en que sepa que mi mujer es criminal, para contentarme con una ruptura, con una separacion amistosa ó legal...!»

Al pensar Vandelle que Enriqueta podia engañarle, olvidaba que él mismo no tenia otro deseo, otra aspiracion, otro objeto

en aquel momento que engañar á su mujer. Pero se enfurecia, y escudado con el código, tan severo para las mujeres, tan indulgente para los maridos, pensaba en hacerse pronta y buena justicia.

Pero, felizmente, las cosas no habian llegado á tal extremo; seguia calculando Vandelle; Enriqueta á pesar de las previsiones de Ester, no profesaba á Federico Deschamps mas que una buena amistad. Enriqueta, á pesar de la conducta de Vandelle, no amaba mas que á su marido, ni podia amar á otro alguno que él no fuese. Nada bochornoso habia para él en haber dado á Federico Deschamps una plaza en la fábrica y una habitacion en el pabellon Luis XIII en el fondo del parque.

Y despues de haber agitado todos estos pensamientos, de haber calculado todas estas evoluciones, volvia á su punto de partida; Ester, obligada á reconocer que se habia equivocado juzgando á Enriqueta; obligada á inclinarse ante la virtud inatacable de la señora de Vandelle, Ester vencida, mas enamorada que nunca, mas decidida á no admitir favores de su amante á medias, cedia la plaza á su rival y deseaba abandonar aquel país. ¡Oh! Pero él la retendria á la fuerza, ó bien si ella insistia en partir, la seguiria á donde quiera que fuese!

#### XIV.

A este punto llegaba de sus pensamientos, cuando oyó ruido de pasos en la escalera: parecia que marchaban de puntillas.

Un criado no hubiera tomado seguramente tantas precauciones, y por otra parte, hacia una hora que todos los sirvientes se habian retirado á sus cuartos situados al otro extremo de la casa, independiente del que los amos ocupaban.

¿Seria, acaso, Ester Sandraz, que lo habia pensado mejor, y volvia á su lado?

Escuchó.

El que andaba, atravesó el vestíbulo del piso bajo... Despues se alejaron los pasos... que volvieron á sonar en el parque.

¿Quién era el que salia á aquella hora, con aquella oscuridad y aquel frio glacial?

Apagó la lámpara que alumbraba á la sala. Luego, se acercó á una ventana, y miró.

Una forma humana se dibujó entre las sombras del parque. No habia estrellas en el cielo, pero la nieve que cubria la tierra, y las hojas de los árboles, formaban un fondo blanco, de donde parecia surgir la persona que marchaba decidida...

Era una mujer cubierta con un gran manto de forma inglesa, con su capucha...

Se estremeció... Habia reconocido el abrigo que Enriqueta usaba desde el principio del invierno.

¿A dónde iba?

A lo lejos, á cien metros de la casa, veíase luz. El pabellon habitado por Federico Deschamps, se hallaba iluminado todavía, y Enriqueta acababa de tomar el camino que conducia al pabellon.

¡Qué! En el preciso momento en que él se enorgullecía de su virtud, elevándola á las nubes, descubria de repente... Oh, era imposible! Ester no podia tener razon. No era Enriqueta la que salia así de noche, creyendo dormida á toda la gente de la casa, para dirigirse á donde su amante la esperaba!

Volvió á mirar; era ella misma!

Entonces, fuera de sí, dominado todavía por la primera embriaguez que habia estado aumentando durante toda la noche, cogió su escopeta de caza, que dos horas antes habia colocado en un rincon, abrió la puerta y se lanzó al parque.

XV.

Vandelle, sin embargo, y á pesar de su indignacion, daba

pruebas de inteligencia y sangre fria en aquel terrible espionaje.

En lugar de tomar la misma senda que Enriqueta, esponiéndose de este modo á ser visto si ella se volvia, se introdujo en otra, perdida entre troncos y desnudos matorrales, que debia conducirle directamente al pabellon ocupado por Federico.

Algunos pasos antes de llegar á él, se detuvo.

Enriqueta no habia llegado todavía.

Pero se aproximaba. En el gran silencio de la noche, oíase la nieve endurecida crujir sordamente bajo sus piés.

Vandelle, escondido detrás de un tronco de árbol, como un cazador en acecho, esperaba.

Por fin llegó, y siempre envuelta en su manto, se dirigió vivamente hácia la puerta del pabellon.

Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Entonces, sin dudar, como una persona que es esperada y deseada, llamó.

Dejóse oír un ruido dentro. La luz cambió de sitio.

Abrieron las persianas.

Y detrás de la puerta de cristales, apareció Federico, con un quinqué en la mano.

En un instante la puerta se abrió y volvió á cerrarse tras de Enriqueta.

XVI.

¿Qué sucedió entonces en el alma de Vandelle?

¿Únicamente le acometieron los celos?

¿No pensó mas que en su honor ultrajado? O bien, ¿en aquel momento, apareciósele Ester, provocativa, soberbia, diciéndole:

—«Ella ha tomado mi plaza; yo quiero tomar la suya; yo quiero ser tu mujer... Tú la sorprendes en flagrante delito, en

«el domicilio de su amante; la ley te absolverá si la matas...  
«¡mátala!»?

No queremos resolver esta cuestion; veamos tan solo que es lo que está haciendo Vandelle.

Abandona su escondite; atraviesa el paso que le separa del pabellon, se acerca á la puerta.

Pero han cerrado las persianas; nada puede ver.

Por fin, sosteniendo su escopeta con la mano derecha, y apoyando el cañon sobre el brazo izquierdo, con el dedo en el gatillo, dá lentamente la vuelta al pabellon, buscando, ya que no una puerta, al menos una ventana abierta.

¡Todo cerrado! ¿Qué hará?

Pero no; una de las ventanas no se halla mas que entreabierta.

Se acerca á ella, y la abre mas, procurando no hacer ruido alguno.

Entonces, ve: ella está vuelta de espaldas, pero está allí; al lado de Federico!

Entonces se agacha, coloca una rodilla en la nieve, apoya el cañon de su escopeta en el bordillo de la ventana, apunta... y dispara.

## XVII.

El juez Raynal, despues de haber interrogado á muchos obreros de la fábrica y haberse hecho dar noticias por Vandelle, habíase trasportado, como el lector recordará, al pueblo.

No pudo evitar la comida que le ofreció M. Fourcanade; pero á las ocho en punto se dirigió á la alcaldía, y siguió el sumario relativo al hombre que habian encontrado ahorcado en un sitio, término de aquel pueblo.

Desgraciadamente, la mayoría de los habitantes de G\*\*\* por

él convocados, no parecian muy dispuestos á ayudarle en sus nocturnos trabajos; y no dejó de notarlo, al tomar asiento en el despacho:

—Preciso es confesar, señor alcalde, dijo con amargura, que los administrados de V. se toman muy poco interés en proporcionarme datos.

—Pero considere V. dijo el alcalde sin turbarse, que la mayor parte se hallan en la feria de Saint-Beat.... y comprenda usted que...

—Si, comprendo que este sumario no marcha. Sin embargo, yo habia dado tiempo suficiente para que se reunieran las personas á quienes deseo interrogar.

—Señor juez, ya he puesto en campaña á toda la gendarmería.

—¡Y llama V. toda la gendarmería, á dos hombres que únicamente hay aquí! ¡Solo dos gendarmes en este pueblo!

—Oh! Para lo que hacen! murmuró Fourcanade; con gente como corderos...

—¡Corderos que cometen crímenes!

—¡Crímenes, ellos! Pero señor juez, ese hombre se suicidó! Se toma V. demasiado trabajo para...

—Señor alcalde, repuso Raynal con tono severo; yo soy el único juez de mi conducta, y suplico á V. no la comente. En cuanto al hombre de que hablamos, esperaré la declaracion del médico para juzgar. Por lo demás, aunque fuera un suicidio ¿acaso no es un crimen el suicidio?

Dicho esto, se detuvo sorprendido:

—¿Qué ruido es ese? preguntó

—¿Cuál?

—Allí, en aquel lado.

—Ah! en el armario! No es nada. Es que se están batiendo!

—¿Quién se bate dentro del armario?

—Los atributos de la alcaldía, señor juez; banderas de to-

dos colores y de todas épocas; gorros frigos; flores de lis de carton y de zinc: gallos galos, águilas y una magnífica coleccion de bustos de yeso: Luis XVI, Maria-Antonieta, Robespierre, Marat, el Directorio completo, luego Bonaparte, Napoleon I, Luis XVIII, Cárlos X, Luis-Felipe, el general Cavaignac, el príncipe Napoleon presidente, Napoleon III emperador, Trochu, Julio Fabre, Mr. Thiers...

—Basta, basta, señor alcalde, dijo Raynal; conozco la historia. ¿Y por qué conserva V. todo eso?

Para la instruccion moral y política de la juventud de este país, señor juez. Dos veces al mes, el maestro de escuela trae á sus discípulos; abre el armario, les enseña los objetos que encierra, y les dice: «Estimados discípulos: este es el panteon del pueblo. Estas son las glorias de la Francia. Porque cada uno de estos que aquí veis, han recibido, con mejor ó peor motivo, el nombre de salvador, de idolatrado, de glorioso..... y ahora, miradlos, se ven obligados á esconderse en un armario. *«¡Sic transit gloria mundi!* Enséñanos este ejemplo á desconfiar de la popularidad y de los honores, que ciertamente os esperan en el mundo. Pero al mismo tiempo, respetad á todos estos bustos de yeso, quitadles el polvo con ardor; tal vez los necesitamos un día. Ese viejísimo busto, lleno de telarañas, se halla quizás destinado á salir otra vez del armario y volver á ocupar su sitio en el salon de sesiones de la alcaldía. «El pueblo no es rico, y por consiguiente, carece de medios para comprar nuevos bustos cada dos ó tres años; es preciso que se contente, pues, con lo que tiene almacenado. Por fortuna, poseemos un surtido completo.» Este discurso es mio, señor juez, y lo hago aprender de memoria á los diferentes maestros de escuela que tiene el pueblo, los cuales lo repiten á sus discípulos.

—Doy á V. mi enhorabuena, señor alcalde; es V. un verdadero filósofo.

—En política, si, lo confieso, no tengo pasiones, pero en la vida privada, en la vida doméstica, echo el resto... Ah, las mujeres, señor juez, las mujeres!

—Cuidado, Sr. alcalde, cuidado; el secretario nos escucha.

—No importa; ya me conoce... Calle! Me parece que oigo á la gendarmeria!

—Vamos, del mal el menos, exclamó Raynal volviendo á adoptar su aspecto solemne. Por fin van á darme las noticias que con tanto afan deseo!

Y dirigiéndose al gendarme que respetuosamente permanecia en los umbrales de la puerta, exclamó:

—Acérquese V., acérquese V! ¿Qué hay?

El gendarme colocó sobre la mesa una carta que Raynal se apresuró á abrir.

—Ni huellas de golpes, ni heridas, murmuró manteniendo sus ojos fijos sobre la declaracion del médico, que era lo que leia; ninguna señal de violencia... Esta muerte no puede ser atribuida mas que á un suicidio.

—¡Lo que yo decia! exclamó triunfante Fourcanade.

El juez se habia levantado, digno, frio, y acercándose á su escribano, le dijo:

—Añada V. este documento al sumario, y marchémonos. ¡No valia seguramente la pena de haberme incomodado!

—Pero yo no he sido, señor juez, se apresuró á decir el alcalde, quien ha llamado á V.; ¡es V. quien ha querido venir. Tendrá V. muy poco que hacer en el pueblo, se lo repito; todos son honradísimos, verdaderos corderos!...

En el momento en que pronunciaba estas palabras, se oyó, á lo lejos una detonacion.

—¿Qué es esto? exclamó Raynal, levantando bruscamente la cabeza. ¡Un tiro!

—Y en direccion de casa de Vandelle, añadió admirado el alcalde. Y sin embargo nadie caza á estas horas!

—¡Entonces es un asesinato! exclamó el juez.

Y dirigiéndose al gendarme, que se habia unido á su compañero:

—Corran Vds. al sitio, dijo. Luego se volvió hácia Fourcanade y le dijo irónicamente:

—¿Eh? ¿qué tal señor alcalde? el pueblo modelo... los correritos...

—¡Quién sabe, murmuró Fourcanade, esta vez ya un tanto turbado, tal vez sea un accidente, un simple accidente...! Algun cazador que habrá descargado su escopeta al volver á su casa!...

—¿A las diez de la noche, en invierno? ¿No es verdad? ¡Para asustar á todo el país? Si así fuera, ya debia V. haber metido en la cárcel á ese perturbador. Pero algo hay que me dice que se trata de un asunto grave..... ¿Qué rumor es ese?

### XVIII.

Hacia, efectivamente, un momento, que el pueblo de G\*\*\* parecia haber salido de su modorra. Aquella detonacion sonando de repente en el silencio de la noche, en aquel tiempo nevoso, en que los ruidos suenan mas, y en aquel país de montañas que repercute los sonidos hasta el infinito, habia causado alguna emocion entre los habitantes. Todos los que se hallaban velando todavía, habian salido de su habitacion, y se dirigian, como sucede siempre en estos casos, hácia la plaza del pueblo.

Interrogábanse unos á otros, se hablaba, se discutia, cuando un hombre, marchando á grandes pasos, atravesó la plaza, pasó por el lado de los diferentes grupos, y entró en la alcaldía.

Todos le habian reconocido. Era el amo de la fábrica, el dueño de la quinta; era Vandelle.

De fijo traia alguna noticia. Por consiguiente, le siguieron. Pero la curiosidad de los habitantes de G\*\*\*, no pudo ser satisfecha.

Cuando Vandelle penetró en la sala donde el juez, su escribano y el alcalde se hallaban reunidos, se adelantó hácia Raynal, y manifestó el deseo de quedarse á solas con él.

—Está muy bien, dijo el juez; salga de aquí todo el mundo. Usted, tambien, señor alcalde. V. tambien, y sírvase vigilar, yo se lo ruego, este pueblo modelo, mientras que yo me ocupo de los crímenes que en él se cometen, añadió irónicamente.

Fourcanade, cuya curiosidad se habia despertado, sin embargo, creyó prudente obedecer, y se alejó de la sala, de igual modo que sus administrados.

Solo Vandelle quedó en presencia de Raynal y su escribano, que se hallaba aun sentado ante la mesa, acabando de arreglar unos papeles.

—Estás completamente descompuesto, amigo Vandelle, díjole el juez, así que se hubo cerrado la puerta; estás pálido, pareces agitado.

¿Se trata de alguna cosa grave? ¿Qué tienes que decirme? Veamos.

—Tengo que hacerte una declaracion.

—¿Al amigo?

—No.

—¿Al juez?

—Sí, al juez!

—Ah, eso es diferente!

Hizo una seña al escribano, que iba á retirarse, para que se quedara; despues sentóse ante la mesa, y con aspecto imponente, dijo cruzándose de brazos:

—Hable V., señor mio!

—Acaba de cometerse un asesinato en mi casa!

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato! repitió Raynal; y en la persona de quién?

—En la persona de mi mujer!

—¡Cómo! ¡Enriqueta! Dáte prisa en acabar tu declaracion.

El juez debe proceder con orden y con calma, pero el amigo tiene derecho á conmovirse; Enriqueta! ¡Acaba! ¿A quién achacas el crimen? ¿Quién lo ha cometido?

—¡Yo! dijo Vandelle en voz baja.

—¿Cómo?

—Digo que yo he asesinado á mi mujer, murmuró.

—¿Tú? ¿Eso es imposible! ¿Y por qué? ¿Y cómo?

Y Vandelle respondió con voz temblona, lanzando en torno suyo asustadizas miradas.

—¡Estaba enamorado! ¡Estaba loco! ¡Ah! ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

—¿Enriqueta?

—¿Eh? ¡Nó! ¿Quién habla de Enriqueta? dijo, admirado de oír pronunciar aquel nombre.

Repúsose un poco, y continuó diciendo:

—Es justo... quieres saber... Pues bien, hace algun tiempo que admití en mi casa un jóven... Federico Deschamps, un amigo, un compañero de infancia de mi mujer.... Se criaron juntos... Y ella... ella era, la que me incitó á admitirle en mi casa... Ella me habia hecho entrever... ¡qué se yo!... Ya te lo he dicho... ¡estaba loco!

—Continúa, y lleguemos al fin, al desenlace... Mas tarde, apreciaremos los detalles... Esta noche, ¿qué ha pasado?

—¿Esta noche? Esta noche... habia tenido una escena con ella... me habia anunciado que se marchaba.... Veia que con esta partida la perdía para siempre, y ya te lo he dicho, la adoro! ¡la adoro!

—Recobra la calma. Decias que esta noche, Enriqueta...

—Ah, sí! Enriqueta atravesó el salon en que yo me hallaba, parecia que iba temiendo ser sorprendida... bajó al parque, la seguí; se dirigió hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps... Me oculté... entró en el pabellon... Federico la esperaba... Se pusieron uno al lado de otro, se hablaron en voz

baja... Entonces, yo me acordé de lo que ella me habia dicho... de lo que me habia prometido... No pensé mas que en mi amor, en mi pasion, apunté la escopeta que tenia en mi mano... disparé... oí un grito horrible, eché á correr..... y vengo á entregarme á la justicia.

Raynal miró al escribano que comprendió el pensamiento de su jefe, y con los ojos designó un ejemplar del código abierto encima de la mesa. Para aquellos dos funcionarios de la ley, el asunto, tal como se presentaba, perdía una gran parte de su gravedad: Vandelle se encontraba protegido por el Código Penal; en el artículo de las atenuaciones (1).

Pero su declaracion no bastaba: era preciso levantar un formal sumario, y el juez decidió dirigirse inmediatamente al sitio en que se habia cometido el crimen.

## XIX.

Pusiéronse en camino. El juez marchaba á la cabeza con su escribano, despues seguia el alcalde, acompañado de su secretario, y venia despues Vandelle, triste, abatido, vacilante.

Los gendarmes habian recibido orden de dejarle en libertad, sin perderle, por eso, de vista; y cumplian concienzudamente su deber, mientras mantenian á distancia á los habitantes de G\*\*\*, que intentaban mezclarse con la comitiva.

Habia algo siniestro en aquella larga hilera de hombres, caminando silenciosamente, en aquella sombría noche, y sobre aquel camino cubierto de nieve.

Cuantas veces habia intentado Fourcanade dirigir la palabra á Raynal, habian sido inútiles: el jóven juez, sumido en sus reflexiones, permanecia insensible á los gestos del alcalde. Dos

(1) Artículo que no existe en nuestro Código.